

Recuerdos académicos: Don Benigno Iñíguez González

Por Enrique LUQUE RUIZ (+)

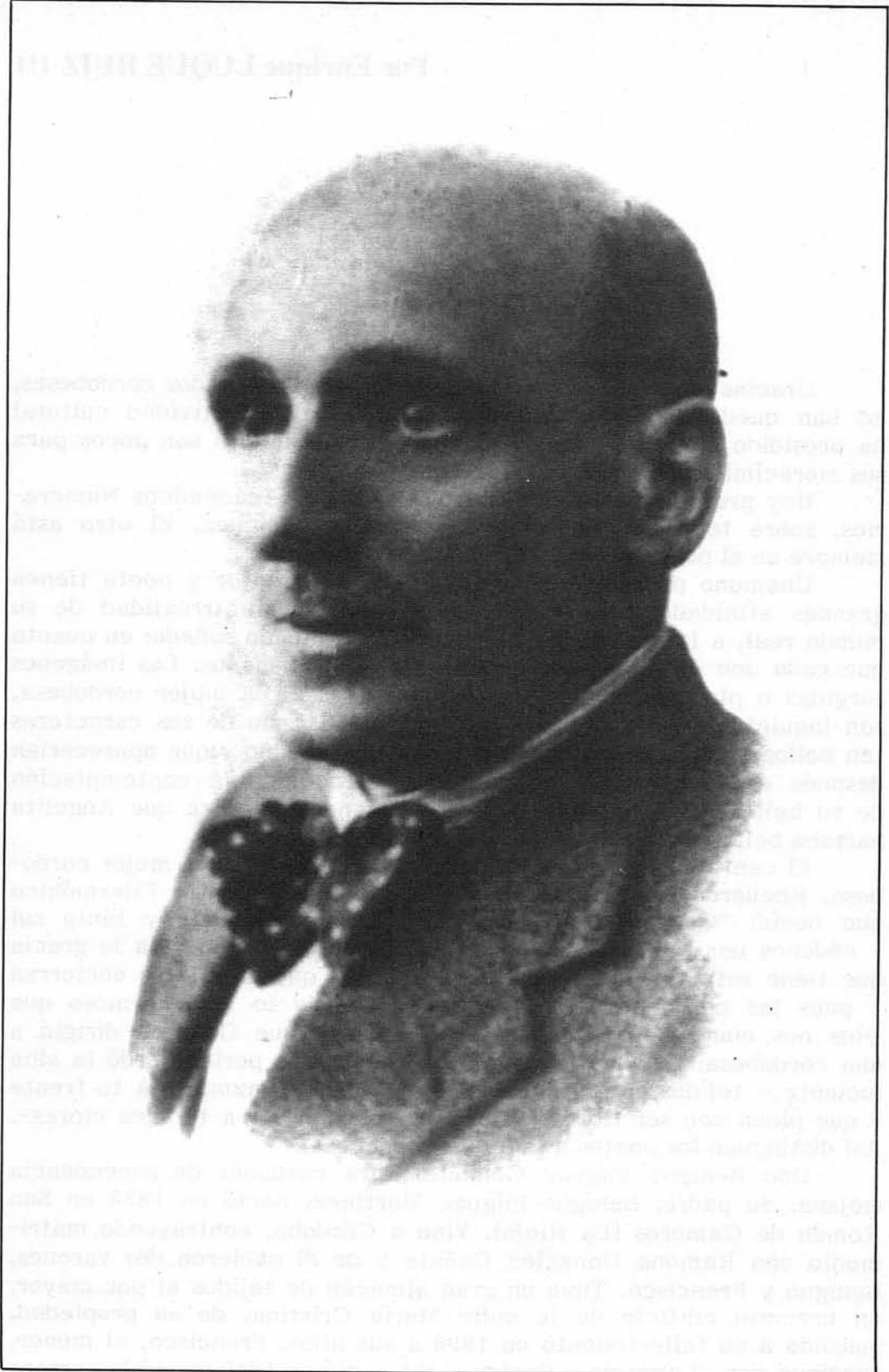
Gracias a la Real Academia, los valores destacados cordobeses, no han quedado relegados al olvido, porque su actividad cultural ha presidido siempre nuestra vida. Todos los laudes son pocos para sus merecimientos.

Hoy pretendo enlazar el recuerdo de dos Académicos Numerarios, sobre todo uno de ellos, Don Benigno Iñíguez. El otro está siempre en el pensamiento de todos los cordobeses.

Unamuno pensaba que, innegablemente, pintor y poeta tienen grandes afinidades, por estar convencidos de la irrealidad de su mundo real, a la vez que de la realidad del mundo soñado; en cuanto que cada uno de ellos soñó la vida y vivió sus sueños. Las imágenes surgidas o plasmadas por Romero de Torres de la mujer cordobesa, son inquietantes, sin poderse explicar el misterio de sus caracteres tan bellos; realmente como surgidas de un ensueño y que aparecerían después en los marcos de sus casas ofreciendo la contemplación de su belleza y de su finura; inmortalizando una raza que Angelita narraba bellamente en una anécdota original o certera.

El canto del poeta es singularmente ofrecido a la mujer cordobesa. Recuerdo una antigua canción popular del Centro Filarmónico que decía: "Cordobesa, tú qué tienes - tanta gracia y tanta sal - cédenos una poquita - de tu boca angelical. - Que viva la gracia que tiene esta tierra - y las buenas mozas que en ella se encierran - pues las cordobesas son por excepción de lo más hermoso que Dios nos mandó". Y no digamos del piropo que Góngora dirigió a una cordobesa: "De la florida falda que hoy de perlas bordó la alba luciente - tejidos en guirnalda - traslado estos jazmines a tu frente - que piden con ser flores - blanco a tus sienes y a tu boca olores-. Así distinguen los poetas a la mujer cordobesa.

Don Benigno Iñíguez González, era cordobés de ascendencia riojana. Su padre, Benigno Iñíguez Martínez, nació en 1833 en San Román de Cameros (La Rioja). Vino a Córdoba, contrayendo matrimonio con Ramona González Cañete y de él nacieron dos varones, Benigno y Francisco. Tuvo un gran almacén de tejidos al por mayor, en hermoso edificio de la calle María Cristina, de su propiedad, pasando a su fallecimiento en 1896 a sus hijos. Francisco, el menor, continuó con el negocio y Benigno, que nació en 1840 siguió la carrera de Derecho, compartiendo ésta con sus conferencias de temas prefe-



DON BENIGNO IÑIGUEZ GONZALEZ

rentemente sociales, expuestos con su galana oratoria y poesías, inspiradas en valores populares, como se puede comprobar en muchas de ellas.

Cualquier manifestación espontánea del arte, es una vibración que se transmite al pueblo, despertando admiración que lógicamente aumentará con la evolución progresiva del artista. De las amplias y ricas virtudes de Romero de Torres, participábamos los cordobeses entusiásticamente. Por ello, cuando le fue concedida la primera Medalla de la Exposición Nacional de Pintura del año 1908, se produjo una verdadera eclosión de alegría, al haber conseguido uno de los puestos más destacados de la pintura española. Faltó tiempo para organizar un almuerzo-homenaje popular, en el entonces Teatro-Circo, cuyo éxito fué realmente apoteósico.

El acto fue ofrecido por literatos, pintores, poetas, etc. y cuando se hizo relativo silencio, Don Benigno recitó, con la solemnidad y enjundia característica de sus dotes oratorias, la siguiente poesía que a todos nos emocionó y que a pesar de mis 9 años, aprendí casi entera de memoria; la última parte no la he conocido hasta hace poco tiempo, gracias a su nieta Doña María del Carmen Delgado Iñiguez:

Julio Romero

Es pintor religioso, pero también pagano
pues con el misticismo de su arte, que es cristiano
al desnudo levanta su pincel un altar;
y en la carne que pinta, que es carne de mujeres,
hay fuego de pasiones y pasiones de seres
con almas en que bullen anhelos de ideal.

Los fondos de sus cuadros son las tardes serenas
y la luz que les falta, es sangre que en las venas
de sus figuras corre con el fuego del sol;
porque el pincel de Julio poner quiso en los ojos
de la hembra cordobesa los resplandores rojos
que arrebolan los cielos, trocados en amor.

Con luz suave y cernida expresa paz y calma,
y pone el sol del cielo en el cielo del alma,
¡y qué cielo es el cielo de un alma de mujer!.
Las mujeres son flores, flores de sacrificio;
esclavas cuya esencia nos dan hasta en el vicio,
pues rosas o azucenas todas nos rinden miel.

En sus cuadros vivimos la tristeza andaluza
vista al través del alma, y parece que cruza
por ellos, vagamente, un lejano cantar;
un cantar que es de penas, de sangrientas pasiones,

con aires de esperanzas y aires de maldiciones,
en que del arte nuestro las varias notas van.

Coplas que son un llanto allá en la lejanía;
en las que el dulce nombre de la Virgen María
a una historia se enlaza de celos y de amor;
porque la Fé andaluza tiene algo de pagana
y busca en los altares a la figura humana
y en élla el dolorido y humano corazón.

La sonrisa, el espíritu nos besa cuando pasa;
el dolor le tortura, con su fuego le abrasa,
y es más vida la vida que aprendió a padecer;
y es ese, de la copla andaluza, el misterio,
no canta la alegría y canta el cementerio
porque todos los cauces del dolor van en él.

Pero donde el artista la realidad sujeta
y a competir sus fueros se atrave la paleta,
es en los ojos, éellos la vida misma son;
ojos tranquilos, dulces, de mirar tan intenso,
tan hondos, tan traidores, que el único suspenso,
queda entre dos abismos, infinitos los dos:
el abismo del cielo que en éellos se retrata
y el abismo del alma que en vano se recata
detrás de unas traviesas pupilas de mujer;
y así logran los ojos turbarnos el sosiego,
son el abismo, el hombre rueda hasta el fondo, ciego
sin dudar, aunque sepa que se condena en él.

Alienta a nuestro pueblo en la capa española,
en la airosa mantilla que lució la manola,
en el plegado airoso del popular mantón;
nada tiene en sus cuadros que sea de tierra extraña
sus hombres, sus mujeres, sus trajes, son España;
su espíritu, su genio, su ambiente es español.

Posiblemente aumentó su popularidad el poema anterior, porque dos años más tarde publica la antología "Cordobesas" y también en 1910 lee su discurso de ingreso como Numerario en la Real Academia "La Sinceridad en el Arte", contestado por Don Manuel de Sandoval, que le dedicó, entre otras, estas palabras:

"Ha conseguido brillar en Andalucía, tierra de oradores, ya en el foro, ya en los círculos políticos y literarios, obteniendo triunfo señaladísimo, reconocimiento y pública consagración de su valer, con el asentimiento y aplauso unánime de la Real Academia".

De su matrimonio con Doña Aurora del Castillo Reina, de conocida familia cordobesa, nacieron: María Aurora, María de los Dolores, Julia y María del Carmen. Su vida fué breve, falleciendo

en 1936, con 56 años, en su huerta "La Gitana", al pié de las laderas de San Jerónimo, a consecuencia de un proceso bronquial con intensos ataques de asma.

La Real Academia, celebró en su honor un acto académico para honrar su memoria en Mayo de 1936, ajustándose al siguiente programa: "Unas palabras por Don José Camacho Padilla. Su biografía por la Srta. Maruja Sagrado; Estudio sobre el miedo, por Don Rafael Castejón. Después, Don Juan Morales recitó las poesías tituladas punto de vista y "La Navaja" y la Srta. Laura Amo "Alma de Juguetes" y "Desaliento". Finalmente el Vice-Presidente de la Real Academia Don José Priego López, hizo el resumen del acto enaltecendo la memoria de Don Benigno.

Con estas líneas pretendemos hacerle justicia, trayendo su recuerdo y al genial Romero de Torres, gloria cordobesa, rendirle nuestro tributo, junto a la inigualable generosidad de sus familiares, que cedieron a Córdoba gran número de sus obras, que les hubiera reportado centenares de millones, todo a cambio de un gesto admirable, pero de un vivir humilde que los cordobeses nunca agradeceremos bastante.

No quiero terminar sin dejar de agradecer a Don Francisco Iñiguez Marina, cuantos datos me ha facilitado.